

[19]

Estamos tratando de mirar hacia el futuro

Me llamo Nicolás Jackaman y soy de padre palestino –con cédula colombiana– y madre colombiana, hija de padres palestinos. A mi me trajeron de Barranquilla, en donde nací, a San Andrés, a los cinco años. Aquí empecé con el comercio, luego monté un negocio de comida, seguí con la hotelería, y desde hace siete años estoy trabajando en turismo con el consejo nacional y la asociación local y presido un fondo privado de turismo. Soy, además, miembro del consejo directivo de Coralina en representación del sector privado, y siempre he participado en cuanta junta existe y he tenido muchos puestos ad honorem. Ahora estoy tratando de escribir un libro a partir de todo eso, pues llevo 25 años metido de lleno aquí en muchas cosas.

Los padres de mi madre eran primos en segundo grado. Llegaron a Colombia en 1958. Mi padre trajo la Texas Petroleum al país pues todavía no existía Ecopetrol. A mí me trajeron de Barranquilla, en donde nací, a San Andrés, a los cinco años. Luego volví a Barranquilla a hacer la primaria y después me fui a Cartagena a hacer el bachillerato y hasta alcancé a entrar a la escuela naval donde estuve un año. Siempre venía a pasar vacaciones a la isla pues la base familiar se estableció aquí. En Bogotá empecé a estudiar medicina pero no terminé porque murió mi madre y tuve que venirme a la isla a hacerme cargo de los negocios.

Extranjeros y continentales

En los años sesenta los extranjeros éramos pocos y muy variados. Había italianos, franceses, belgas, que, con los árabes, tenían el 50% de los negocios. La mayoría de los árabes han sido musulmanes y

unos pocos han sido cristianos y ortodoxos. En la isla ha existido la libertad de cultos. La comunidad árabe, sobre todo los musulmanes, mantienen vínculos estrechos entre sí en torno a la mezquita y el Ramadán. Aunque respetan y conviven bien con los otros y se relacionan bien con los isleños, forman una sociedad muy cerrada. Sin embargo, ha habido cierta mezcla de familias, aunque en eso se han cuidado mucho. Como colonia son muy colaboradores con los demás. Ante necesidades concretas o catástrofes repentina de la isla son los primeros en ayudar.

La comunidad árabe, que llegó a ser como de 3.500 personas, creció bajo el estigma de “turco”. Y si hubo un turco, el comerciante clásico, pero luego llegaron libaneses y sirios. Los palestinos no éramos muchos, sólo cuatro familias, pero las otras se fueron. El “turco” le dio mucha oportunidad de vivienda e ingreso al isleño pues ayudó a que se elevaran las casas isleñas y el alquilaba la parte de abajo para bodega o almacén. El nativo vivía arriba y el “turco” les pagaba arriendo por la parte de abajo.

Como en todas partes, los árabes han sido muy nómadas. Estaban un tiempo en el continente, iban a Maicao, Panamá, la isla Margarita y, finalmente, volvían a San Andrés, atraídos por la tranquilidad y armonía que había en la isla y porque aquí muchos de ellos tienen sus inversiones, sus cupos para inversión. Pero claro que el que se va pierde sus cupos. En eso no ha habido control de los centros reguladores. Aquí el que llega con plata hace lo que quiere. No le dan indicaciones

ni alternativas, sólo le dicen que en catorce ren-
glones tiene que describir lo que quiere hacer.

Los inmigrantes árabes, sobre todo los más anti-
guos, son indiferentes frente a la situación. En-
tienden que están en una tierra que es nuestra y
aportan a ella pagando sus impuestos. Ante los
problemas que los afectan tratan de meterse a la
política. Por eso, desde hace diez o quince años
están entrando a la política, a defender el comer-
cio o la hotelería. Eso ha hecho participar a la
comunidad árabe, que vivía muy aislada. Unos
cuantos árabes pero sobre todo algunos judíos
han tenido bastante influencia política. A mi pa-
dre nunca le picó eso, a pesar del liderazgo que
llegó a tener. No han faltado los problemas con
algunos. A unos libaneses se los expulsó porque
violaron el debido respeto a la bandera, a otros
se los deportó porque tenían cédula de extranje-
ría falsa, de esas que se consiguen en Bogotá.

Aunque algunos extranjeros son indolentes por-
que están de paso, pero se diferencian de mu-
chos continentales que vienen y se sienten due-
ños de esto y tratan de retar al isleño. Eso comenzó
a suceder sobre todo cuando llegó mano de obra
barata. De allí salió una mezcla explosiva, muy
resentida por todo lo que les ha tocado vivir en
la isla y fuera de ella. Al comienzo se dio la mez-
cla de la isleña con el continental, luego la del
isleño con la paña. Cada una ha tenido sus pro-
pios problemas y ahora se les han agregado otros.
Apenas desde hace pocos años empezé a oír esa
palabra tan fea de paña. Esa migración la trajeron
los políticos para trastear votos. Eso se podía hacer
porque había mucha plata. El comercio también
tiene un poco de responsabilidad en ese proble-
ma porque ha estado ligado a la política. Hoy la
fuerza la tiene el turismo.

Comienzos del deterioro

Mi familia ha estado en todas las etapas de la isla,
desde que terminó la época del coco, su edad de
oro del comercio y la ecología. Tengo documen-
tos y fotos de la época en que arrancó el puerto
libre. Cuando yo llegué la isla era muy linda. Todo
era en madera o lata y no había luz sino teas. En
las islas se sembraba de todo. De Providencia se
traían muchas cosas. La vocación para la agricul-
tura y la pesca era grande. Nada que ver con la

terrible depredación y el gran deterioro de hoy.
Mi padre y mi familia, que conocimos la genera-
ción antigua, lloramos por el deterioro del isleño.

De la generación de isleños que conocí todavía
existe gente que cree que van a San Andrés cuan-
do bajan al centro. Muchos viven en la Loma y
vienen por aquí sólo en navidad. Es triste, por-
que nosotros los fuimos empujando al sur, a su-
burbios anormales donde también hay isleños.
Algunos isleños empezaron a alquilar su tierra
por necesidad, y no hubo quién les dijera: con-
serve su lote o siémbrelo o capacítese. A mí no
me sacan de aquí porque saben que no le he
quitado nada a nadie y que no les he causado
ningún problema. Más bien he cuidado su tierra.
En mi caso, mi familia compró la tierra que se le
quitó al mar. Es decir, creamos esa nueva tierra.

La población ha crecido mucho por la migración
pero también porque no se ha hecho control fa-
miliar, y a muchas personas de estrato bajo les
da por tener muchos hijos con la idea de que
más tarde les van a ayudar. Profamilia solo ahora
la hemos vuelto a traer y la OCCRE nació tarde.
Pero ¿cómo sacar a una persona ahora? Eso es
muy difícil.

Otra migración que ha llegado a las islas es la de
las religiones, que ha contribuido a la pérdida
del papel que desempeñaban las iglesias. Antes
existía la iglesia bautista central y un movimiento
adventista del séptimo día. Había más religiones
en Providencia: luteranos holandeses, cuadrangu-
lares, del tercer ojo, etc. Pero desde hace algún
tiempo han aumentado las iglesias en San Andrés
y ha diminuido el pastoreo de los pastores. Antes
los pastores visitaban a la gente, hablaban con
los feligreses, los controlaban. Pero ya no. Los
isleños son muy conservadores, de costumbres
muy arraigadas, pero la "civilización" les abrió
los ojos y corrompió a muchos. Y los pastores
han ayudado poco en esa nueva situación.

Desde hace tiempos dañamos a los isleños. No
los metimos a la corriente del trabajo en el com-
ercio ni en la hotelería. Sólo los empleamos en
la burocracia. Todo lo arreglábamos con pue-
stos o con plata. Y los acostumbramos a eso. Hubo
algunos isleños –unos pocos–, que se convirtie-
ron en comerciantes, empresarios, inversionistas.

Pero la mayor parte de los isleños que salieron a estudiar y se volvieron profesionales, no han tenido muchas oportunidades al regreso. El problema es que no los educábamos para trabajar en su medio, pues pensábamos que eran flojos. Se quedaron en la pesca artesanal cuando el gobierno los ayudó para formar cooperativas. Simón González consiguió plata para eso, pero no funcionó.

Los males de la apertura y la reestructuración

El puerto libre y la construcción del aeropuerto nos ayudaron mucho en su momento. En San Andrés hubo progreso. Pero no se planificó. La isla creció desordenadamente. Luego la migración y la corrupción empezaron a deteriorarla. Parte del contrabando nació aquí. Y esa palabra –“sanandresito”– nos afectó. Las importaciones se volvieron más sigilosas. Al equipararnos a Maicao pasamos a un tercer plano.

Eso se vio cuando vino la apertura de la economía nacional, y el gobierno no nos dio una oportunidad ni un plazo para reubicarnos. A pesar de que el comercio era una fuerza grande que iba adelante y que el turismo era secundario, no aplicaron una medida gradual para el caso nuestro. Hay que recordar que la gente venía a San Andrés solo a comprar y, si le quedaba tiempo, iba a la playa en la tarde. Los hoteles no eran adecuados para el turismo. Sobre la marcha ha tocado ir transformándolos, porque después de la apertura la gente ya no busca simplemente un hospedaje para reempacar licuadoras y televisores. Además, todo el mundo empezó a decir que el Caribe no está en el comercio sino en el turismo. Entonces fuimos reemplazando todo lo que teníamos y ahora estamos pagando ese error. Al gobierno le faltó ayudar a la isla. Viendo que se venía la apertura debió capacitarnos para el turismo.

Pero no fueron sólo las instituciones oficiales las que nunca se preocuparon por el efecto de la apertura en San Andrés. A pesar de que los comerciantes somos mucha gente, hay pocos doblegantes. A los mismos isleños -como no son comerciantes y el impacto del puerto libre los fue relegando, como no los involucramos a todos, como sólo unos pocos tuvieron la chispa del comercio- tampoco les interesó la nueva situación.

La situación nos cogió bajos en todos los niveles, en las comunicaciones, en la fragilidad ambiental.

Por aquí pasó mucha plata y, a pesar de la subfacturación, se pagaban volúmenes altos de dinero en impuestos. El pequeño Estado de la isla se creció demasiado. Había 1.300 empleados cuando el departamento se puede manejar con 300. Y como se volvieron trabajadores de la gobernación, los isleños adquirieron vicios. Algunos de ellos ni siquiera iban a la oficina. Estaban acostumbrados a tener toda la libertad en el manejo de su tiempo y a recibir el cheque sin siquiera firmar la nómina. Y cuando vino el apretón de la reestructuración administrativa, no estaban capacitados para nada.

Junto con la apertura llegó el narcotráfico. Quizás la lejanía de la isla respecto del continente les pareció atractiva a los narcos. Tal vez les evitaba controles. Y el *boom* de la plata fácil corrompió en primer lugar al isleño. Ante el halago de la plata vendió tanta tierra, que perdió su poder sobre el territorio. Al principio no se veía el daño y la gente pensó que era una oportunidad. Pero los narcos estaban entrando con todo su poder, pisando fuerte e invadiendo la isla. Empezaron las inversiones. Las más cuantiosas se realizaron de 1991 a 1995. En esos años construyeron apartamentos y casas lujosas, y -como no había plan de ordenamiento ni existía ley alguna hasta que apareció Coralina- se depredó, se construyó con arena y se destruyeron las playas. Los narcos también se infiltraron en la parte comercial. Y en los bancos empezó el lavado inventado por los gringos. Finalmente, como conseguir plata era tan fácil, la gente no lo supo asimilar.

El primer negocio consistía en comprar una lancha o una moto, y eso le permitía a la persona subir de estatus. Las anteriores generaciones isleñas nunca entraron en eso. Entró más bien la mezcla étnica que se produjo de 1980 en adelante. En la lucha contra el narcotráfico hasta se cerró el aeropuerto por las noches, pero todo salía y sigue saliendo por mar, aunque la armada y la policía ejercen ahora más control. La fiscalía incautó muchos de los bienes de los narcotraficantes, pero fueron inversiones perdidas porque, a diferencia de los que pasa en Estados Unidos donde usan enseguida lo incautado, aquí no: el

Estado tiene que cuidar todas esas propiedades hasta que no se compruebe que provienen de dineros ilícitos. Y, luego, hasta se las devuelven a sus antiguos dueños. Todo eso aumentó la falta de ingresos. Ya se veía oro en el cuello, y las neveras vacías.

Los lazos con el gobierno central

Creo que las islas perdieron muchas ventajas al dejar de ser intendencia y pasar a ser un departamento. Antes éramos la niña bonita del país, nos atendían mucho. Pastrana papá nos ayudó mucho, hizo obras, dio prerrogativas comerciales. Su hijo Andrés tuvo toda la voluntad pero ha habido tantos problemas en el país que tuvo que concentrarse en otras prioridades. La isla no ha perdido el cordón umbilical con el gobierno central, pero ya es muy difícil que la prioridad seamos nosotros debido a la situación en el continente.

Hay que hacer un acto de contrición y cambiar al menos la fachada para mostrar otra imagen, porque arreglar la trastienda será más difícil. Es una labor de más largo plazo, y requiere mucha gente con visión de futuro. Estamos tratando de mirar hacia el futuro. Yo he estado en reuniones con el ministerio de comercio exterior, con los españoles que hacen el plan de turismo. Pero no es fácil tener una visión de largo plazo y aquí falta capacidad para ejecutar.

El movimiento raizal y las alternativas

El movimiento raizal ha crecido a raíz del problema social que se suscitó especialmente a raíz de la reestructuración administrativa, pues los isleños conformaban una rama laboral compacta. Y también por el fortalecimiento de las religiones, por la importancia que le ha dado la Constitución de 1991 a las etnias y por la idea de que la autodeterminación se hace con plata de Bogotá.

Se habla de un movimiento separatista, que le envía cartas al gobierno inglés, que trae gente de fuera, que pide intervención de la ONU, que quiere dirigirse directamente a la Corte de la Haya para aprovechar la demanda de Nicaragua. Lo cierto es que como movimiento son fuertes, se están capacitando y están mucho más organizados que nosotros. Avanzan lentamente pero ahí van. No

se puede desvirtuar su fortaleza. A mi me da la impresión que no le hemos dado toda la importancia que la situación demanda.

Se habla también de que el movimiento está produciendo una discriminación del *paña*. Pero no es fácil definir quién es *raizal* y quién es *paña*. Sólo en Colombia se usa la palabra *raizal*. Los que dirigen el movimiento han propuesto distintas fórmulas para distinguir al *raizal*. Trataron de decir que era *raizal* el que tuviera dos generaciones de raizales puros o que la nacionalidad la da la madre. Pero hay un fenómeno social inevitable de mezcla de culturas que hace muy difícil aplicar esas distinciones. Creo que nadie tiene culpa de eso y que no debería suscitar racismo. Una cosa distinta es el respeto a la identidad cultural de los isleños, que tiene un reconocimiento y hasta unas ventajas constitucionales. Ante la dificultad de definir quién es *raizal*, algunos isleños, un poco desesperados, se han agarrado de lo indígena porque se sienten ahogados. Sienten que los estamos ahogando.

Según el último censo, isleños y *pañas* estamos casi al mismo nivel. Pero el mayor problema de población no proviene de la inmigración. Creo que el problema más grave es el aumento de la tasa de natalidad. Hace años, un monseñor le hizo la guerra a Profamilia y la hizo salir de la isla. Por fortuna, ahora ha vuelto. Respecto a la inmigración, el gobierno nacional ha tomado medidas fundamentales que, a pesar de algunos errores y "micos", pueden servir para el fortalecimiento institucional de la OCCRE. Y esta entidad debería, no solo controlar la migración por mar y aire, sino apretar también por otros lados. Estar detrás de la gente que entra para decirles cada cierto tiempo: le quedan tantos días; impulsar el programa de renuncia voluntaria a la residencia, a pesar de que sea como anticonstitucional.

El problema laboral es uno de los que más preocupa a los *raizales*. Sobre ese problema, se ha hecho un esfuerzo con Fundesap y el SENAT para capacitar a los isleños, pero no ha sido fácil. Aunque se ofrecieron algunas opciones, eran difíciles de concretar. Todo el mundo trató de poner los mismos negocios, de montar los mismos servicios. Y la gente quedó en el aire. Comerciantes y hoteleros hicimos una mesa de trabajo con los

raizales y el primer punto era el empleo: ¿cómo generar empleo para los isleños? Fuimos de hotel en hotel a preguntar cuántas personas raizales tenían empleadas. Pero la cosa no es tan sencilla como decir: saco cinco pañas y pongo cinco isleños, pues, aunque hay gente muy capaz entre ellos, a los isleños no les gusta atender en un almacén o en un hotel, tener horarios, ponerse uniforme, cumplir normas mínimas. Muchos dicen: yo hablo inglés, yo no me voy a poner a lavar baños.

Muchos líderes raizales dicen que el problema es que no hay puestos buenos, y la gente isleña que se capacita, se desanima o se va a buscar otras alternativas. Y yo les respondo: si, es cierto, hay mucho isleño estudiando y trabajando fuera, muchos han emigrado y mandan la plata cuando se embarcan, otros incluso ocupan puestos ejecutivos. Pero en la medida en que se capaciten en lo que tenemos que atender aquí, para la situación que vivimos aquí -para reparar motores de barco y de motos, para atender en el comercio o en los hoteles, para producir en el campo, para la pesca- se va reactivando la economía de la isla y la gente puede conseguir lo necesario para sobrevivir.

El problema es que el turismo, que es el sector que genera más empleos, no alcanza a ofrecer más de cuatrocientos empleos entre hotelería y servicios. No tenemos el capital ni la fuerza laboral para generar más empleos. Además, en el comercio y el turismo cada uno piensa por su lado. Hay muchas envidias y celos. Cada uno jala para su lado. Unos presionan por el muelle para atender barcos, otros por mejorar lo que hay, otros por el ecoturismo. Pero también los raizales están muy divididos entre los de San Luis, la Loma y el Barrack, y entre el sector más tradicional y otros más abiertos. Fue un error que el gobierno no hiciera gradual la apertura para educarnos y para poder generar recursos que dieran nuevas oportunidades de empleo.

Yo nací en la isla, y luego viví en Bogotá durante dos años más. Mi esposa también es de la isla, y tenemos un hijo y dos hijas. Estudié en la Escuela de Termino psicología en Bogotá, el Bachillerato en el Instituto Técnico de la Isla, y una media navegación en el ZEPA de la Isla. Hice una menor cursa bachillerato. Durante los tres años que pasé en Cali dicté inglés y matemáticas a los alumnos respondían. Durante

Los gremios económicos han tratado de ayudar a enfrentar la situación de la isla. Cuando nació la Universidad Cristiana, participamos en la Teletón, que fue promovida y organizada por los promotores de ese proyecto. Pero con la quiebra de la Fiduciaria del Valle parece que se perdió la plata recogida. Luego, con motivo de la protesta que condujo a la toma del muelle, los gremios apoyaron a los raizales durante cerca de ocho días. Entendían que el movimiento tenía sus razones válidas. Les enviamos comida, nos reunimos con ellos en las mesas de trabajo. El acuerdo era que la toma se levantaría cuando llegara la delegación de Bogotá. Pero ellos no cumplieron.

Ese paro querían hacerlo ya desde antes los mismos comerciantes y hoteleros para pedir solución a problemas como la migración, los servicios públicos impagables. Pero el acuerdo intergremial no funcionó. Y las protestas han tomado otro giro. Lo antes que era fiesta se volvió entierro. Por ejemplo, agraviar al presidente Pastrana no era la forma de reclamar ni las personas que estaban ahí tenían por qué sufrir ese agravio. Todo tiene su momento y lugar. A lo mejor los raizales tienen algo de razón en lo que dicen, pero ahí y en otras ocasiones ha faltado un mínimo respeto a los demás.

Con los gobernadores isleños no hemos tenido suerte. Leslie Maffya Bent era muy populista. Ralph Newball pensó que con la sola honestidad era suficiente y se quemó al dejar que esto se cayera aún más, que el problema de la basura se hiciera inmanejable, que no funcionara nada. La anarquía total ha llevado al no pago de impuestos, que era ya una costumbre pero se ha aumentado. Y revertir una mala costumbre es más difícil. Además la polarización étnica y social aumentó. Si se llegara a un enfrentamiento de la gente del Cliff contra los de la Loma nos morimos todos.

Soy profesor de inglés en la Escuela Secundaria del parque de 2001, y de como acuerdos con el gobierno, el colegio entró en un proceso de privatización y el centro y la escuela en manos de la isla comenzaron a pagar los profesores. En 1993, puse a trabajar en el colegio oficial de primaria "El esfuerzo", donde enseñé enero elemental. En 1994, fui trasladado como profesor de inglés y humanidades al colegio Alejandro Santos, al Rancho, que el gobierno departamental surgió

La razón de mi expulsión fue muy sencilla. En 1988 se hizo un cambio de formadores que llevó el cambio en la estructura del seminario. Los anteriores permitían que los seminaristas saliéramos a parroquias el fin de semana y regresáramos el domingo. Yo iba a San Pascual Bailón y allí trabajaba en pastoral juvenil en un colegio. Pero los que llegaron dijeron: ¡seminarista en la calle el sábado, imposible! Prohibidas las salidas. Nosotros habíamos organizado una salida y los padres negaron el permiso. Pero esperamos a que se durmieran y cinco muchachos, estudiantes de filosofía, salieron. Yo no fui. Los formadores se dieron cuenta cuando regresaron los cinco compañeros y por ese hecho decidieron echarlos. Entonces protestamos y organizamos a la clase, e influenciamos a los de primero y segundo de filosofía para que no fueran a estudiar. El primer día nadie fue y el segundo siguió paralizado el seminario. Entonces los padres preguntaron quiénes eran los cabecillas y nos echaron a 18. Yo salí resentido. Volví a la isla casi dándole la razón a mi papá, que me decía: "Un negro nunca ha llegado a ser sacerdote; la iglesia católica es para blancos". Sigo considerando que la expulsión fue una injusticia.

Críticas a la incomprendión

A mí me fue bien en el seminario. Yo tuve una ventaja cuando llegué a Bogotá. Al sanandresano lo admiraban en el continente, tal vez porque la gente de otros territorios llamados misionales tiene otro temperamento, es como más beligerante, más resentido, viene con la idea de que el blanco lo ha discriminado. A mí me consintieron todo el tiempo. Me permitían dictar clases de inglés a formadores. Tuve muchos privilegios. Pero pude detectar que a nivel del grupo se daba discriminación en el sentido que nos comprendían bajo el mismo esquema mental de los formadores. Yo criticaba positivamente algunas cosas que veía porque nos trasplantaban a la capital, a un seminario misionero, a los que pertenecíamos a los llamados territorios de misión. En medio de la tecnología y el frío nos encontramos chocoanos, casanerenses, sanandresanos, en un seminario que tiene una estructura propia para un muchacho de Bogotá, y cuyos formadores están educados en las ciudades centrales. Ellos eran los encargados de dar orientación misionera y nosotros

debíamos trasladar su mentalidad del sacerdocio de la ciudad a una isla, un territorio muy distinto. Yo cuestionaba cosas concretas que sucedían, por ejemplo, en una cancha de fútbol. Allí no se tenía en cuenta que somos negros eufóricos. Cuando nos calentamos la sangre se nos enerva. Por eso se daban peleas y aunque nos reconciliábamos enseguida, los padres decían: "¿Cómo van a pelear entre seminaristas? ¿Cómo puede un seminarista gritar vulgaridades? Eso conlleva un punto negativo para usted porque perdió el control". Por eso echaron a un chocoano, un pelado de 17 años. O se quejaban de que tuviéramos amistades en la parroquia y en los colegios, de que lleváramos las chinas al seminario.

Era aterrador ver que la mayoría de los chocoanos salían del seminario. Mandaban veinte y en tres años quedaban cinco. Para un muchacho chocoano bañarse en agua fría a las cinco de la mañana era terrible. Los que se bañaban tiritaban todo el tiempo y no atendían la clase por el frío. Otros preferían no levantarse o no bañarse. Yo vengo de una cultura puritana en la que la limpieza es esencial y, por eso, ¡me bañaba porque me bañaba! Son prejuicios mentales que impiden manejar de manera diferente a la gente de culturas distintas.

Regreso al redil

Después de que me echaron regresé a San Andrés y me presenté a monseñor. El me dijo: "si quieras continuar, espera hasta que llegue el informe y veremos a ver si hay otro seminario". Desde mayo cuando me echaron hasta diciembre cuando llegó el informe, volví a la vida normal, me ennové y estuve ocho meses tranquilo. Yo me decía: no se qué clase de informe quiero, tal vez uno que diga que no soy idóneo. Pero al mismo tiempo decía: tengo el reto de mostrarle a esos curas que si puedo llegar. Cuando llegó el informe monseñor me dijo: "pase por mi despacho para que lo leamos juntos". Le dije: "léamelo por teléfono, por favor". Pero él insistió en que pasara. En mi corazón yo esperaba que dijera: no es idóneo, y así hubiera quedado tranquilo con mi conciencia, aunque en el fondo estaba también el deseo. Fui y monseñor me leyó el informe: primero y segundo de filosofía bueno; lo que sucedió después lo ponía como un acto de rebeldía

contra la iglesia y añadía un paréntesis en que decía: nosotros consideramos prudente sacarlo del seminario, monseñor, pero queda en sus manos decidir qué se hace. El me consiguió cupo en La Ceja, en el seminario para vocaciones tardías de Monseñor Uribe Jaramillo. Entonces dejé mi novia y decepcioné otra vez a mi papá y a la familia, pues me había reconciliado con ellos y había vuelto a ganar su afecto. Al año supe que solo a dos nos habían dado la posibilidad de continuar.

Ya más maduro terminé tercero de filosofía, hice teología, y mis padres fueron cediendo. Fue muy bello cuando me ordené diácono. Monseñor, que en paz descansó, les llevó tiquetes a mis padres y les explicó que debían acompañarme porque eso significaba que yo pertenecía a la jerarquía de la iglesia. Yo no sabía, y cuando llegó la fecha y vi que todas las familias llegaban (porque hay una parte de la ceremonia en que los padres llevan al altar al hijo), yo practiqué con un sacerdote. Cuando empezaron a entrar los compañeros y me tocó mi turno yo llamé al padre que había practicado conmigo y él no se movió. Yo me inquieté y él me señaló hacia atrás. Miré y allí estaban mis padres. Mi diaconado fue entonces con lágrimas. Luego, compartí con mis padres una semana en Medellín.

Soy inmensamente feliz en mi sacerdocio

Me ordené como sacerdote el 13 de febrero de 1993. Tuve que atrasar la ordenación un año porque se exigía tener 25 años y yo tenía 24. El nuncio Paulo Romero me ordenó en la iglesia Estrella del Mar. Fue todo un acontecimiento en la isla porque no sucedía hacia 35 años y yo era el primer sacerdote propiamente de San Andrés. Actualmente, los otros tres sacerdotes católicos nativos son de Providencia.

En medio de la solemnidad de la cena de ordenación, mi mamá me dijo: "quiero pasarme a la iglesia Católica". Yo pensé que era la euforia del momento. La gente le daba regalos a ella, y yo solo le dije: "bueno, mami". Pasaron tres años, cuando un día estaba en mi casa almorcando y me dijo: "¿no te acuerdas que te dije que quería pasarme a la iglesia católica?" Entonces la preparé, le di las charlas y la catequesis de los Católicos.

A mí me parecía increíble que estuviera bautizando a una señora de 65 años, engendrada en la iglesia bautista y que, además, era mi madre. Eso fue hace cuatro años y en la predicación le dije: "tu me engendraste en la carne pero yo te engendré en el espíritu y ahora tu tienes que decirme padre". Mi papá a veces la acompaña a la iglesia pero él siguió siendo bautista.

Soy inmensamente feliz en mi sacerdocio diocesano. Ya llevo ocho años en esta comunidad, con mucha satisfacción. Todas estas parroquias fueron fundadas por los padres capuchinos, y les dieron sus nombres. Por eso en la que estoy se llama San Francisco de Asís. Los cuatro sacerdotes isleños surgimos, sin embargo, de otras iglesias.

Un nuevo estilo pastoral

Mi estilo es el de un joven que nació en una cultura, en una religión y que vivió el culto bautista. Por eso dicen que predico como un pastor. Reconozco mi ascendencia bautista, tengo claro ese sinccretismo, que para mí es una gran riqueza. No es sorprendente encontrar en mi iglesia a cualquier pastor bautista, y yo he predicado en la Primera Iglesia Bautista. Alguien me dice: "se murió mi hermano y quiero que predique en el entierro, pero en la Primera Iglesia Bautista", entonces voy y celebro el entierro allá. Me revisto como sacerdote y predico en distintas iglesias en las que me invitan. En la novena fui predicador oficial en el Barrack rompiendo todas las estructuras. Tengo un programa radial y otro televisivo. La audiencia es 50% de católicos y 50% de protestantes.

Al comienzo de mi trabajo, hacer procesión o rezarle a la Virgen no era bien visto en la Loma. La gente me decía: "no, padre, a mí me da pena, ¿qué dirá la gente?". Pero yo, que había estudiado mariología, me propuse introducir su conocimiento. Fui hablando de María y mandé a hacer en Bogotá una imagen, pero una imagen distinta. Mandé unas fotos de muchas isleñas para que se pareciera a ellas, y de niños para que los angelitos que la acompañan fueran negros. Pedí que tuviera el mar azul detrás. Y cuando me mandaban fotos de cómo iba, yo las corregía: que aumente los labios, que mejore los ángeles, hasta que ¡estuvo! Llegó y la llamé la Reina de las Olas, y la gente empezó a quererla.

Yo procuro atraer a los jóvenes a mi iglesia porque tengo una aguda preocupación por su situación en la isla. Debían ser la esperanza de la comunidad pero son también la población más vulnerable a todo lo que está aconteciendo en el mundo. Yo tengo esa preocupación en mi corazón, y al mismo tiempo ellos tienen interés hacia lo mío. Les gusta esa creatividad, ese gozo que hay en esta iglesia. Y trato de ser lo más atractivo para los jóvenes con el deseo de ganarlos para una alta moralidad, de proyectarlos mejor.

Las relaciones con el obispo

Con el nuevo obispo nos va muy bien. Monseñor Eulises González es una maravilla de gente, es humilde, comprensivo, se acopló a la isla muy rápidamente, se hizo sanandresano. Teníamos muchos temores porque sabemos que la iglesia católica en San Andrés tiene particularidades que la hacen diferente de la del continente, y el tiene la autoridad para enrutar la iglesia. Los temores se acrecentaron cuando nos dijeron que era un boyacense. Tal vez por prejuicios con respecto a las personas de ese departamento, pensábamos que era tradicionalista, cerrado. El, a su llegada, preguntó por mí. Yo tenía temor por mi participación en el movimiento raizal. Pero le expliqué cómo había sido eso y le hablé claramente de los errores que habíamos cometido. El consintió muchas cosas. Me ha dicho que ésta es de las iglesias que más le ha impactado por la alabanza, el jolgorio, la alegría, la vida que se respira aquí; que aquí detectó lo que puede ser el catolicismo en San Andrés, los católicos negros raizales; que aquí encontró música, elegancia, alta moralidad, gozo; que en otras iglesias encuentra lo mismo que en el interior, y que, en cambio, aquí debe preguntar qué sigue, qué debo hacer, hasta dónde van a cantar, porque aquí cualquier cosa puede suceder.

El movimiento raizal

Yo participé muy activamente en el movimiento raizal a partir de sus comienzos. Desde 1999 nos veníamos reuniendo con los pastores Hermann McNish y Alberto Gordon, preocupados por la falta de incidencia de las iglesias en la vida de los feligreses y con la idea de influir en las parroquias. Nos preguntábamos

en qué consiste nuestro pastoreo si todo se está deteriorando. Lo que más nos impactaba era que ni siquiera moralmente las cosas funcionaban. La corrupción, el robo del dinero público, como actos inmorales que son, violan principios cristianos en los que nuestros líderes nativos están fallando. A partir de esos cuestionamientos empezamos a replantear lo que estábamos haciendo.

Después empezamos a tocar a la puerta de los otros pastores para manifestarles nuestra preocupación, y comenzaron a surgir ideas: salir del entorno de nuestros feligreses, tratar de impactar y alcanzar la isla. Nos decíamos: "tienes tu iglesia llena, empecemos a movilizar a la gente para que encarne el evangelio, que nuestras prédicas interpelen la gente, la isla, la situación".

Así, empezamos a tocar el campo de la situación política y social de la isla. Pronto nos dimos cuenta de que éramos novatos en ese terreno. Aunque estamos en el púlpito, no conocíamos a profundidad los problemas sociales. Entonces fuimos apoyándonos en personas que tenían experiencia en problemas sociales, y ellos empezaron a entrar al movimiento. Nosotros entramos en esa corriente y comenzamos a creer que todos los problemas eran sociales.

Poco a poco, más que confiar en Dios, se fueron dando otros intereses, salieron otras personas y se perdió el norte raizal en su primera concepción. Antes, nuestras reuniones estaban antecedidas de oraciones y alabanzas. Creíamos que si llevamos la gente a Dios se podían resolver los problemas. Pensábamos, por ejemplo, que si queríamos los puestos que estaban ocupados por gente del interior –por decir algo, la dirección del Bienestar Familiar - reclamando en oración se podía conseguir ese lugar. Podíamos pedir a nuestro Dios, que todo lo puede, que removiera a tal persona, que cambiara tales situaciones.

Pero cuando llegaron los asesores comenzaron a hacernos cuestionamientos porque, según ellos, "se ha orado toda la vida y nada se ha resuelto". Y decían: "A Dios rogando y con el mazo dando". Hablaban de cosas que no son de nuestro campo. Además, nos empezaron a mostrar los problemas y las soluciones en magnitudes mayores: superpoblación, ambiente, reubicación, independencia. En

nuestras reuniones salían términos como ONU, artículo, estatuto, que siempre nos llevaban a buscar a los que sabían de eso. Nosotros nos dejamos llevar y permitimos que los que sabían de eso propusieran las soluciones y comenzaran a llevar la batuta del movimiento. Y el movimiento perdió su faro, su luz.

No se si sea imposible levantar un movimiento con la fuerza espiritual, no se si sea una ingenuidad pensar que, a punta de oraciones, congregaciones, evangelio, caminatas religiosas, podemos impactar lo social, lo moral. Yo siempre lo he creído posible con el lema de: "si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?". Todavía creo firmemente que la fe mueve montañas. Dios hace el 80% y uno hace el 20% con una carta, una marcha, y con la certeza que tiene que resultar.

Cuando salimos a la primera marcha de protesta nuestra preocupación seguía siendo moral. No habíamos pretendido nada más a partir de esos intercambios entre pastores. La marcha fue todavía bastante religiosa. Se leían frases bíblicas, íbamos cantando, se pudo manejar esa masa inmensa de gente y lo que la motivaba eran las alabanzas que conocían en su iglesia. En esta computadora que tengo acá sacábamos los comunicados que parecían sermones, hacíamos cartas pastorales por la radio. Después de la primera marcha de protesta la gente creyó que el movimiento caía del cielo. Pero no, ¡cuántas reuniones no se habían hecho antes!

Sin embargo, cuando se propuso la realización de la tercera marcha como se dio mayoría, por iniciativa de algunos dijimos: no podemos defraudar a la gente, ¡apoyemos! Yo dije: listo, yo apoyo desde atrás, pero no marcho adelante. Esa gente tomaba la causa de la comunidad raizal marginada y atropellada, una causa noble, y decían: tenemos que luchar por ello. Pero la orientaban por otro lado. Nosotros fuimos detrás. El lenguaje de orar, ayunar, leer la Biblia pasó a un segundo plano.

Sin embargo, lo que al comienzo había sido un movimiento de los pastores se fue cambiando, y llegamos hasta el momento en que ya no nos sentímos protagonistas. Eramos las fachadas, a pesar de que en el corazón del movimiento sabíamos que

el impulso venía de atrás. Varias veces quisimos recuperar el movimiento para meterlo dentro del contorno de Dios, de la iglesia, pero nunca lo pudimos hacer. Yo les decía a los pastores: "si somos los que presidimos el movimiento ¿por qué cuando decimos: no vamos a marchar, los que vienen atrás hacen otra cosa? ¡O somos la cabeza o no lo somos!". Y fuimos alejándonos. Cuando los asesores vieron esa actitud, dijeron: "los pastores abandonaron la causa, nos dejaron solos, se volvieron pasivos". En algún momento lanzaron incluso expresiones como: "los pastores se dejaron comprar". Pero es que eso ya no era nuestro.

Con el cierre de vías de comienzos de junio de 2001, los primeros sorprendidos fuimos nosotros. Cuando salí a pedalear como lo hago todos los días, vi la vía cerrada. Pregunté: ¿qué pasó?, y en eso me llama el pastor Alberto Gordon, en la misma situación. Varios –Hermann, Alberto y yo– nos preguntábamos entonces: ¿por qué no volvemos a los cuatro muros del templo, a los primeros sueños del movimiento, la iglesia moviéndose desde sus armas, desde su fe? Nosotros comprendíamos la cultura a partir de los principios cristianos. Nunca pensábamos que lo social o la parte política era la solución. Teníamos un concepto de lucha diferente, a punta de oración, de predicación, de alabanza. Eso no es ingenuidad sino que está fundado en la fe. Con la fe podíamos derrocar toda situación injusta, inmoral, podíamos dar soluciones. Yo dije: "ya no me identifico con el movimiento. Cuando el hijo crece y coge el mal camino, hay que desheredarlo".

Empezaron a llamarnos. Yo les dije: "no podemos salir a poner la cara porque ustedes obraron contra nosotros y miren lo que están haciendo: tienen cerrada la vía. Esos comportamientos no son morales, no van con nuestra cultura, esa no es la forma, no nos utilicen como escudo". Ellos presentaron lo nuestro como una niñada. Decían: "¿cómo van a pensar que con alabanzas y frases bíblicas podía cambiarse eso!". Y quisieron justificarse diciendo: "el movimiento tomó otro cauce porque maduró".

Yo tengo la esperanza que desde la fe se puede lograr un cambio. Cuando ya no había alabanzas, cuando no había oración sino insultos, cuando no había el impulso de Dios, preguntamos: ¿qué

pasó? Eso era anuncio que el movimiento estaba en proceso de muerte. Esa situación fue el último golpe al movimiento raizal. Si el movimiento todavía está por ahí, no es el que se concibió al principio. Ya nos desintegramos. En eso quedó el movimiento raizal: en el aire. No hubo resultados.

A mí me tocó ir en la comisión que fue a hablar ante el Congreso de la República, junto con el pastor Alberto Gordon, Diego Livingston, Bill Francis y Carmelo Pérez. Pero para mí eso fue un teatro, una pantomima, una burla a la isla, una burla a nosotros. En el Congreso le dieron al asunto un manejo muy sagaz para apaciguar los ánimos. Nos dijeron: "Tienen cinco minutos para hablar. Ustedes no son los protagonistas, tenemos otras cosas y los metemos a ustedes como un punto dentro de un programa". Todo lo que habíamos planeado se nos derrumbó. Oímos a los primeros expositores que hablaron larguísimo sobre otras cosas y luego salieron. Cuando nos tocó hablar ya estaba vacía la sala. Hablamos por respeto, porque somos educados. Se dio una situación engorrosa porque uno de nuestros representantes a la Cámara, en su intervención, hizo entender que ese grupito no representaba a la isla, no era la voz del pueblo nativo de la isla, sino uno de los tantos grupos que hay. Antonio Navarro reprendió a ese representante, habló a nuestro favor, dijo que simpatizaba con la causa, hizo entender que si han hecho el esfuerzo para ir hasta allá y entre ellos están los pastores tienen que ser la voz del pueblo.

Autonomía, autogobierno, autodeterminación

El movimiento manejó conceptos de autos: autonomía, autogobierno, autodeterminación.

Autonomía quiere decir: sentir que somos mayores de edad para decidir a dónde queremos ir. No es independencia, ni separación. Es lo mismo que en una familia, cuando el papá entrega la llave de la casa a su hijo. Queremos seguir en la casa de Colombia pero esperamos que el gobierno reconozca que podemos gestionar nuestro quehacer, nuestro destino, nuestra educación, proyectar nuestro futuro, dejarnos ser como somos. El hecho de estar bajo la soberanía de Colombia como estado único, no implica que no

nos dejen autogestionarnos. Si, en 1928, tuvimos que pedir un papá para que hablara por nosotros ante el mundo, hoy ya no necesitamos que nos represente y nos defienda. Queremos que nos deje hablar, que nos deje a nosotros el contacto con otras naciones. No necesitamos que vaya alguien de Bogotá a hablar por nosotros. Ahora que Nicaragua demandó a Colombia por el archipiélago, nosotros podemos ir a la Corte y hablar, porque conocemos nuestra historia.

También podemos autogobernarnos. Ya crecimos, y si uno conoce lo que quiere, puede legislar sobre uno mismo. En San Andrés teníamos nuestras sanciones, nuestra forma de autorregularnos, nuestra manera de corregir a los ladrones, a los adulteros, a los mentirosos. Esas cosas se han ido perdiendo. Yo fui compañero del senador indígena Jesús Piñacué en el seminario. Me pareció interesante eso de que su comunidad lo reprendiera. Eso es una expresión de autogobierno.

Autodeterminación es que nos dejen decidir lo que queremos para la isla. Y que lo informemos a papá Colombia, no para que apruebes o desapruebes, sino para que sepas. Por ejemplo, yo no entiendo por qué prohíben construir cerca de la playa, por qué esa franja de terreno tiene que ser para el gobierno o para la nación y no para el nativo.

La descentralización que se ha iniciado es muy buena pero es un proceso largo, que apenas está comenzando. Después de haber vivido sometidos a un gobierno del centro, de venir de un gobierno paternalista, de haber sido consentidos toda la vida, la descentralización no puede ser: ¡déjelos actuar! Ustedes nos han mentalizado de otra forma, porque veníamos de un gobierno que planeaba, proyectaba y nos hacía todo. Fue un proceso de centralismo que duró muchos años. Nos montaron en un tren, nos llevaron a mil y ahora quieren bajarnos de un momento al otro. No nos han dejado vivir nuestra propia evolución. Si se hubiera seguido un proceso de desarrollo armónico, tal vez hoy a nivel de un autogobierno tendríamos normas más claras, emanadas del mismo proceso. No podemos pensar que de un momento a otro decimos: ¡déjennos autodeterminar nuestro futuro! En eso yo critico al movimiento raizal. La descentralización y la autonomía no se logran de la noche a la mañana.

Basta ver lo que pasa con la elección popular de los gobernantes. La comunidad murmura de la vida moral de alguien pero luego van y lo eligen. No sabemos cómo una isla puritana pudo elegir a un gobernador del que de antemano se sabía que fumaba marihuana. Si la comunidad vuelve a sus raíces no puede elegir a un candidato que tiene que ver con la droga o que tiene dos mujeres. Necesitamos gobernadores que puedan liderar la isla. Así sea un administrador común que no fue a la universidad pero que tiene el perfil moral, si es un hombre de Dios, podemos elegirlo.

La crisis que estamos viviendo es producto de los primeros pasos de la descentralización. Ahora que tenemos un poco de autonomía estamos haciendo nuestro proceso de retorno a las raíces, a descubrir quiénes somos. Por ahora seguimos haciendo las cosas como nos las enseñaron a hacer. No conocemos las nuevas herramientas de la Constitución, de la elección de gobernantes, sobre el Plan de Ordenamiento Territorial y los Proyectos Educativos Institucionales propios. Hasta ahora parecía como si autodeterminarse en un país descentralizado fuera seguir haciendo lo mismo de antes. Queremos todos esos autos pero seguimos pidiendo que nos los entreguen ya planeados y reglamentados. Los gobernadores nativos fueron formados de una determinada manera y así se siguen comportando.

Pero poco a poco tiene que ir surgiendo el verdadero raizal. En el país tenemos que vivir un tiempo de crisis para que cada grupo étnico vuelva a arrancar. Si nos dejan vivir la crisis volveremos a lo que siempre hemos sido. No iremos hacia atrás, sino a nuestra esencia. Por mi parte, yo estoy en un proceso conmigo mismo y con toda una comunidad. Estoy empezando a generar una iglesia Católica diferente, que por ahora tiene un barniz que llama la atención, pero que no ha tocado lo fundamental: el concepto de vida del nativo raizal.

Lo que si se puede hacer en este momento es permitir que el pueblo raizal redescubra su identidad cultural. Con ella y con lo que nos dieron, podemos sacar adelante un nuevo pueblo. Todo lo que hemos ganado podemos utilizarlo. En el pasado nos desarrollamos demasiado rápido. Eso fue progreso por adelantado. Ahora, permitannos

aquietar el tren de la vida porque se nos está yendo. Para bien de todos, que siga el tren y nosotros nos quedamos acá. No es que queramos retroceder al pasado. Se trata de que nos podamos parar donde estamos, detenernos y mirar, reevaluar, cortar y luego seguir. No sabemos quiénes somos. Si se sigue en este ritmo tan acelerado vamos rumbo a la extinción, tal vez no de la lengua pero si de la identidad de un pueblo, así sigamos bailando *chotis* o hablemos *broked english*. Tenemos que frenar el tiempo. Si no se hace vamos a vivir una crisis terrible y sólo sobrevivirá el más fuerte.

¿Qué puede implicar esa pausa para la economía? Toda la economía de la isla debe ser objeto de una reflexión seria, científica, para mirar en qué dejamos la economía con la que venía la comunidad raizal. La economía de la comunidad está en el mismo lugar en el que la dejaron mis abuelos: los raizales guardan la plata debajo de la almohada, siguen con la misma tienda. Su economía nunca avanzó. Todavía crían el cerdo para mandar a su hijo a estudiar. Así me pasó a mí. Cuando yo estaba en décimo grado me dieron un cerdo para que lo levantara para ir a la universidad, y con eso compré el tiquete y me fui al seminario.

Tenemos que hacer una evaluación de por qué los raizales no pudimos meternos en el comercio y en la hotelería, y para quién fue ese progreso. Si el comercio se desarrolla armoniosamente con lo que ha sido la comunidad isleña, pues seguirá existiendo. Pero si ha trastocado la vida de un pueblo, si la hotelería y las grandes moles de cemento están frenando la vida de un pueblo, hay que cortar. Dentro de este acelere ha habido cosas armoniosas, que, aunque no fueron planeadas, funcionaron y no afectaron negativamente a la comunidad. Tenemos que ver cómo podemos empatar con nuevas oportunidades, con otras alternativas, cómo la economía piensa en la población raizal que aún no ha salido de las cavernas.

Es cierto que la globalización de la economía empuja. Pero, para mí, la globalización vista como uniformidad es un pecado del universo porque Dios creó la diversidad, la diferencia y la coloreó con distintos tipos de gente. Si el Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (SIDA) hubiera

existido sin globalización, hubiera afectado solamente al pueblito en que surgió. La globalización debería comenzar a existir por ahí en el año 3000.

Canalizar el resentimiento

El resentimiento que ustedes alcanzan a detectar en muchos raízales es simplemente la impotencia de sentirse maniatado, de no poder responder, de no poder hacer nada. No es gratuito. Es la única arma que le queda a un pueblo que no ha sido escuchado. Va de la mano con el odio.

Permitanme remontarme a ese pueblo maltratado por el blanco esclavista, que empezó a engendrar en su corazón resentimiento. El esclavo cogía un muñeco blanco y le ensartaba cualquier objeto para desquitarse de su amo, y todos los días le pedía al dios del odio que el amo se enfermara, que se arruinara, que sus deseos de venganza se hicieran realidad. A eso lo llaman *vudú*. Apenas ahora nos estamos dando cuenta de lo que pasó, y eso duele. Anteriormente, a uno no le importaba quién era el director de una oficina o de una institución. Nos gobernaba gente del interior y ocupaban los puestos públicos sin problema. Pero cuando uno se hace consciente del pasado y de sus derechos se genera una situación de resentimiento, que impulsa a la gente a decir: ¡eso no puede seguir así!

El resentimiento es una fuerza poderosa. Sin dirección es un peligro, pero, bien orientado, también puede servir de impulso a un pueblo. Es como un río que puede arrasar con un pueblo pero si le colocamos canales puede generar energía. Al re-sentimiento lo hemos calificado negativamente, pero en el fondo es un sentimiento como cualquier otro. La cuestión es canalizarlo.

Eso es lo que se pudo lograr en la primera marcha de protesta: la gente empezó a oír lo que pasaba, eso la empujó y creó una fuerza. Mal cuidada esa fuerza puede desembocar en violencia, pandillaje, robo. Pero era sorprendente cuan-do se congregaba a esos muchachos *rastas*, o incluso a bandidos llenos de todo tipo de maldad en su corazón. Cuando estaban con un pastor adelante sentían un impulso, sentían que alguien les estaba canalizando el resentimiento.

Liderazgo y tentación de la política

Uno puede ayudar a canalizar el resentimiento de un pueblo de distintas formas. Yo sé, por ejemplo, que el pastor Alberto Gordon está pensando lanzarse como candidato a la Cámara de Representantes. Frente a eso tengo dos visiones. Una, miro a Alberto como un ciudadano que cree que, haciendo política, puede lograr soluciones a ciertas situaciones de la isla. Y pienso que es una buena decisión la de aprovechar la democracia como ciudadano. Sin embargo, con el otro lente lo veo como pastor que realiza una obra maravillosa incidiendo en la vida social, económica, política; que tiene una potencialidad para seguir tocando estos ámbitos y que, para hacer lo que sueña, no tiene que meterse en la política directa. Somos ciudadanos del cielo y peregrinos en la tierra. Si pudiera dividirme le diría: te aplaudo cuando te asumes como ciudadano pero te reprendo cuando tomas esas decisiones como pastor. Estoy convencido de que, en el campo político, no va a tener incidencia como pastor. Va a perder su investidura de pastor. No creo que vaya a ir al Congreso a proponer una campaña de ayuno para resolver una situación de la isla o que allí vaya a orar.

Yo soy un hombre de mucha fe. Si doblamos la rodilla y le pedimos a Dios que cambie a Tirofijo, la oración puede lograrlo. Desde mi visión puedo influenciar los cambios. A veces me dicen: "esas ideas hay que mandarlas a recoger". Pero yo estoy totalmente convencido de eso. Haciendo lo mío y sin decir una sola palabra sobre lo que hay que hacer en el campo político, aparezco como frenando o impulsando decisiones. Dios le da a uno ese liderazgo. Creo en el método de Ghandi y de Martin Luther King. Nunca me ha asaltado la idea de hacer política de partido, con una participación directa. Desde aquí, celebrando misa, siento que tengo una incidencia directa. El padre Martin Taylor, en Providencia, posiblemente no tenía ni idea de política o de economía, pero tenía poder, y con su presencia y su evangelio manejaba todo en la isla.